

De no todos los libros que se escriben para niños se puede decir igual cosa.—A. T.



CAUCE DE LA VOZ. Poemas, de *Francisco Santana*

Como Gerardo Seguel, Pablo Neruda, Juvencio Valle, como otros líricos chilenos, es también Francisco Santana, del sur del país, de una de las provincias más hermosas, la de Cautín. Es natural, entonces, que en la retina de su sensibilidad se haya fijado persistentemente el paisaje de la frontera y sus elementos inolvidables.

Todo este *Cauce de la voz* recorre los bosques densamente poblados de verde y follaje y sombra; de blanda sombra de primavera y estío. Porque así como en Neruda y Seguel es más bien el otoño y el invierno del sur los que humedecen de amarillo y de lluvia varios de sus poemas; así como son los robustos temporales y las noches y los días sombríos y los vientos violentos y agrarios y mojados por los aguaceros, tenaces de las estaciones opacas y heladas los instrumentos preferentes para hacer nostálgico el pellejo del canto, en Francisco Santana —como en Juvencio Valle— es el clima transparente y primaveral de la frontera el que formula su presencia de salud y regocijo y de luminosidad vegetal y forestal.

Porque está distante de *Cauce de la voz* la actitud dolorosa o la gran pesadumbre que con su sólida mochila curva espaldas y espíritus y que a veces, endereza de solitaria dignidad la médula del canto. Tampoco la crecida intimidad desarrolla sus delicados filamentos. No existe profundidad introspectiva ni vivisección interna del poeta. Es más bien Francisco Santana un ser frente al paisaje. Contemplativo. Transcurre ante sus ojos una cinta de movibles apetencias. Árboles, ríos,

pájaros, flores, etc., instalan transeúntemente sus ángulos de visibilidad más proficua reteniéndolos el ser que contempla; reteniéndolos y recogiendo los materiales telúricos para devolverlos utilizados en imágenes livianas; éstas, eslabonadas en poemas.

Contemplativo, pero sin usar la naturaleza como recinto de incitación para despertar o extraer sustancias subjetivas, para exponer estados momentáneos o permanentes del sentimiento; contemplativo en su significación más aseada, o sea, fuga o desprendimiento del suceso psíquico como vigilancia y acción y axil total de la vida del sujeto. No implica, sin embargo, esto, desconexión completa entre el sujeto y el paisaje sino, simplemente, la correlación inteligentemente buscada y encontrada. Porque Santana al acercar el motivo a su sensibilidad le da a éste el contenido personal que esta última posee.

Es evidente que a veces el paisaje es ocupado por Santana para apoyar en él una fina y vaga sombra de mujer que nunca precisa la posible dulce materia que la anima, pero es una filiación activa, una dependencia apretada, aunque siempre predomina la insistencia de la naturaleza sobre el sentido amoroso, o de actualidad o de evocación femenina.

No obstante que para Francisco Santana en la vida rural no existe sino el paisaje, la expresión forestal del agro, apunta aisladamente, abriéndole una posibilidad prometedora a su poesía, el hombre y su problema. No han sido inútiles los años vividos en tierras campesinas ni podía tampoco olvidar absolutamente al elemento humano, ya que en el campo del sur, a pesar de la decoración avasalladora, el hombre, como siempre, persiste en su vigencia vertical y en su costumbre. Mira Santana al campesino, al labriego, al obrero agrícola con ojo, donde ya una conciencia social incoa su amanecida. Canta:

«El brazo campesino abre los surcos y esparce la simiente.
 El labra, él encauza las vertientes y abreva los rebaños.
 Trabaja sin descanso bajo la lluvia, bajo el sol inclemente.
 Es así como la cosecha siempre es abundante.
 Sin embargo las chozas continúan igualmente pobres y grises.
 Es así como en invierno los niños temblando lloran hambre.
 Entre las aves, los bueyes y el ganado
 los labradores guardan
 un llanto turbio de cansancio y pesadumbre».

O donde la preocupación por el hombre, donde la condición humana adquiere su contorno colectivo, porque no es un individuo determinado, sino genérico; no es el ser en sí y su problema psicológico, sino el individuo como factor social y con su problema económico el que interesa a Santana. No es, pues, la queja romántica, no es el lamento sentimental. Es la comprensión de la situación material del campesino la que ha podido en Santana desplazar, por momentos, la invasión de la naturaleza, como esencia y motivo, de su poesía. Si esta comprensión se ampliara en sus próximos cantos éstos ganarían en contenido humano.—ARTURO TRONCOSO.



LA FINANZA INTERNACIONAL Y LA GUERRA EN ESPAÑA, por
E. Bougöün y P. Lenoir.—Edit. Centre d'Etudes «Paix et
 Democratie», París.

No conoce nada de lo que está pasando en España quien no haya leído este estudio trascendental sobre las circunstancias financieras que determinaron la invasión de aquel país por las potencias fascistas y la complicidad mal disimuladas de las clases dirigentes inglesas en tan turbia empresa. El prólogo de León Jouhaux nos pone desde un principio en